

CRÓNICA DESDE EL LABORATORIO INFINITO

Juan Carlos de Sancho

Un día deje de escribir poesía no fuera a ser que la poesía terminara escribiéndome a mí y me desmontara en pedazos. Preferí pasar un largo tiempo facultativo y vivir en prosa, volviendo a mí mismo y a la realidad. Sin embargo no pude lograrlo del todo ya que inexorablemente me había convertido en un poeta, esa forma de circular por el mundo estando y no estando al mismo tiempo, muy próximo al desajuste y a la chifladura.

Finalmente terminé aceptando las ráfagas de ficción e hilaridad que destilan las cosas y sucesos humanos. No tardé mucho en caer en la cuenta que en casi todo lo que acontece bate un poema. Nada es estable y todo cruje en los laboratorios visibles e invisibles que no paran de ocupar el mundo.

Alberto Giacometti pensaba que el ser humano se diferencia de los muertos únicamente por la mirada aunque él solo se fijaba en la apariencia. Pero ¿para qué sirve una mirada? Una poeta y un escultor ¿pueden mirar al unísono sin antes ponerse de acuerdo? Y aunque se pongan de acuerdo ¿van a ver lo mismo? ¿Desde donde mira una mirada? La poeta Russotto incorpora vida a la materia aunque trabaje con la muerte, quita peso a lo denso y crepuscular, modela en su interior el material inerte para que se

reanime más tarde en la palabra que mira e interpreta. El escultor Hernández nos hace presente lo que a ratos intuíamos, añadiendo un objeto nuevo al mundo enajenado de los despiertos y los dormidos.

Las consecuencias del trabajo artístico son imprevisibles. En este libro las ideas de la poeta rozan el ser y la duda y hay que leerlas en vuelo rasante. El escultor excluye las miradas de sus cabezas: siguen en el rostro pero no se sabe donde miran. La posibilidad de mirarlas sin ser mirados nos produce una extraña empatía aunque lo que veamos sea igual de nebuloso que lo que al mirar se desvanece.

Leo el *Laboratorio lombrosiano* y aunque el escultor ha moldeado la ausencia, la poeta pone voz al silencio del difunto que resucita a ratos a través de la palabra que no es suya. Aprendo lo que pasa en esa confrontación de vapores argumentados, de todos evanescentes que se cruzan. Una mezcla explosiva para leer siendo partícipe del caos mientras interpretas las apariencias que observas y meditas.

Este libro es un enigma. Todo él es el entresijo de la vida y la muerte, de la locura y la cordura, esas fronteras por las que todos circulamos peligrosamente. Una de esas cabezas inertes parece decir “lo que se da no se quita” y Mária Russotto reacciona rápidamente: “oca a oca y tiro porque me toca”. Pero ¿que toca? ¿Que toca decir? Probablemente la Sabiduría, el pálpito del ser errático, la locura que siempre está a punto de ser exonerada en el Laberinto y dibujada en el Laboratorio.

Creo en épocas de Renacimiento donde las artes confluyan para restituir a la Sabiduría su innato don para desvelar incluso *la magnificencia triste de las penumbras* como escribe Pessoa en el Libro del Desasosiego. Hace un largo tiempo que venimos padeciendo una enfermedad del pensamiento y la delicadeza. Por

eso es un fresco resplandor descubrir este enigmático laboratorio donde en tubos de ensayo imaginarios Márgara Russoto y Román Hernández establecen nuevas ecuaciones de la vida y la Incertidumbre.

Leer este libro es una tarea bifocal. Se lee y se ve al mismo tiempo. El lector se coloca en posición de forense activo, buscando la hilera del criminal y la palabra, del ser disoluto y la trama reparadora del poema. Todo cruje en el Laboratorio Lambrosiano, incluso la compasión por el que podríamos haber sido y escapamos con suerte. Compasión que actúa como bisturí para aclarar en la autopsia artística la raíz del mal, las flores del mal, los planes inciertos de la vida con los seres más extremos y abisales, los representados en el libro y los que los han inventado, que saben tanto de estas divergencias del ser como el lector-forense que al tiempo que se extravía se encuentra de frente con su lado oscuro, con la atracción fatal.

Escribía Willian Blake que *los caminos del exceso conducen al Palacio de la Sabiduría*. Márgara Russoto y Román Hernández viven en dos palacios anexos, en dos laboratorios-laberintos donde ruge la vida al límite, una vida experimental donde el Arte es el dueño absoluto de los sucesos más imprevisibles. Palacios accesibles donde lo lejano se hace cercano y lo cercano distante. Los imagino trabajando vestidos de blanco como dos doctores extremos, atravesando parajes umbríos del ser y la nada, buscando nombres a los fantasmas para hacerlos visibles, esculpiendo la muerte, dando escenografía y argumento a la vida paradójica.

Actúan la poeta y el escultor con mucha cautela, armonizando la mutua colaboración, incluso rescatando a dos bandas la belleza del dolor y la ambigüedad, la trágica sentencia para los que pierden para siempre el tino y la propiedad. Aunque dicen que lo esencial es invisible a los ojos este no es el caso que nos ocupa.

Es al asesino y al loco al que Hernández desaloja la mirada y Russotto la reconstruye imaginando lo que pudo suceder antes y durante el caos y la infamia. Ninguno pierde la delicadeza de dejar abierto el cauce del delirio y la posterior interpretación. No es un libro para estarse quieto. Todo transcurre por dentro en su mística articulación.

Laboratorio lombrosiano no es un libro escatológico. Desprende la belleza de la desolación restaurada, el perfume de lo efímero, la atracción de lo ilícito e inmundado. No es dantesco porque al conjugar la palabra sensitiva y profunda con la elegancia exquisita de lo material el crimen queda diluido en el dolor que surge del lodo. Sobre él la Sabiduría recuperada nos exime de culpas. Mientras tanto la poeta y el escultor persisten en su interpretación de la vida y sus quebrantos, tomando notas al unísono sobre las mutaciones de la cabeza del lector, que no para de mirarse mientras mira lo que ya adivina.